







Erased una vez una niña muy bonita que vivía en una pequeña aldea cercana a un bosque. Todos la querían mucho: su papá su mamá, y también su abuelita, que vivía justo al otro extremo del bosque. Siempre que iba a visitarla, le llevaba algún regalo y la abuela también le guardaba alguna sorpresa. La abuelita le había regalado una preciosa caperuza de lana roja que había tejido especialmente para ella. La caperuza le quedaba tan maravillosamente que todos llamaban a la niña Caperucita Roja.

Un día, la mamá de Caperucita le dijo:

–Caperucita, un leñador me ha dicho que la abuelita está enferma. Vete a su casa y llévale esta cesta con un pastel y este tarro de miel. Se alegrará de verte. Pero no te entretengas en el bosque y, sobre todo, no hables con desconocidos...

Y Caperucita cogió la cesta y se dirigió a casa de la abuelita. Por el camino, pudo ver a los pajaritos que trinaban, los conejos que saltaban buscando su madriguera, las mariposas revoloteando sobre las flores.... No se dio cuenta de que también el lobo andaba cerca, escondido detrás de un árbol espiándola. El lobo, que era muy listo y estaba muy hambriento, tenía muchas ganas de comerse a Caperucita, y para ello ideó un plan.

–¡Hola, Caperucita! ¿Adónde vas tan contenta? –preguntó el lobo.

–Voy a casa de mi abuelita, que está enferma. Le llevo esta cesta con un pastel y un tarro de miel.

–¿Y vive muy lejos tu abuelita?

–Al otro extremo del bosque, en la casita blanca –respondió Caperucita.

–¡Ah, ya sé cuál es! –dijo el malvado lobo–. Iré a verla yo también. Pero tomaré otro camino... ¡Veremos quién llega antes!

Caperucita siguió por el sendero. En el camino, se le ocurrió formar un ramillete con las flores más bonitas que encontró para regalárselas a su abuelita. ¡Qué contenta se pondría!



CAPERUCITA ROJA II

Mientras tanto, el lobo había echado a correr pensando en el banquete que le esperaba: primero se comería a la abuela y, de postre... ¡a Caperucita, que estaría muy, muy tierna, ja, ja, ja!

Al llegar a la casita blanca, el lobo llamó a la puerta suavemente: “¡Toc, toc!”.

–¿Quién está ahí? –preguntó la abuelita desde la cama.

–¡Soy yo, Caperucita Roja! –contestó el lobo imitando la voz de Caperucita–. ¡Te traigo una cesta con un pastel y un tarro de miel!

–¡Entra, hijita, entra! La puerta está abierta...

Entonces el lobo entró y se abalanzó sobre la abuela. Pero ésta, saltando de la cama, tuvo tiempo de esconderse dentro de un armario sana y salva.

–¡Ya te comeré más tarde! –dijo el lobo mientras se ponía rápidamente un camisón y un gorro de dormir. Y se metió en la cama justo cuando Caperucita asomaba por la puerta.

–¡Hola, abuelita! ¿Puedo entrar?

–¡Pasa, hijita, pasa, y cierra la puerta! –respondió el lobo, imitando la voz de la abuelita.

A Caperucita le extrañó el aspecto de la abuelita:

–¡Oh, abuelita, qué ojos tan grandes tienes! –dijo Caperucita un poco asustada.

–¡Son para verte mejor! –respondió el lobo.

–¡Oh, abuelita, qué orejas tan grandes tienes!

–¡Son para oírte mejor!

–¡Oh, abuelita, qué dientes tan grandes tienes!

–¡Son para comerte mejor! –gritó el lobo.



CAPERUCITA ROJA III

El lobo saltó de la cama para echarse encima de Caperucita pero, con las prisas, se enredó con las sábanas y el camisón y no consiguió atraparla.

Caperucita pudo salir rápidamente de la casa y se dirigió corriendo al bosque:

–¡Socorro, socorro, el lobo quiere comerme, ayúdenme! –gritaba Caperucita mientras el lobo iba tras ella.

Afortunadamente, pasaban cerca de la casita dos leñadores que acababan de terminar su trabajo en el bosque. Regresaban ya a la aldea cuando oyeron los gritos de la niña y se apresuraron en su ayuda. Llegaron justo a tiempo, cuando el lobo estaba a punto de alcanzar a la niña con su gran boca hambrienta. Persiguieron al lobo con grandes palos y éste tuvo que huir a toda prisa con el rabo entre las piernas y las orejas agachadas. ¡El lobo se había quedado sin banquete!

Pasado el peligro, Caperucita y los leñadores fueron a la casa a decirle a la abuelita que ya podía salir del armario. La nieta y la abuelita se abrazaron más felices que nunca. Para festejar el encuentro, invitaron a los leñadores a una estupenda merienda con el pastel y la miel de la cesta de Caperucita.

¡La abuelita estaba tan contenta que incluso se le había curado el catarro!

Sentados todos en la mesa, Caperucita contó su encuentro con el astuto lobo en el bosque. Ahora entendía por qué su mamá no quería que se entretuviera en el camino. Les prometió a todos que nunca más hablaría con desconocidos, porque nunca se sabe cuáles son sus verdaderas intenciones.

Y... colorín, colorado, este cuento se ha acabado.